

muerte y sepultura del Salvador, como de lo que habían oído de la resurrección y de las apariciones. Y en el camino tendrían los Apóstoles que responder a las innumerables preguntas y curiosidades de los compañeros.

De esta manera su vuelta, durante el viaje, y después la llegada a su patria y a sus casas fueron como las primicias del apostolado futuro.

A dónde se recogieron no es fácil definirlo. La bolsa común, aunque no tendría de seguro mucho dinero, había desaparecido en manos de Judas. Cada cual podía haber vuelto a su casa, y es fácil que así lo hiciesen al principio. © acaso muchos se reunieron amigablemente ya para estar ya para hablar, en la casa de Pedro en Cafarnaúm.

310. LA PESCA MILAGROSA EN TIBERÍADES

(J. 21, 1-14)

Allí debían estar reunidos varios, por lo menos un día en que acaeció el siguiente suceso, precioso idilio del mar que nos refiere San Juan con su encantador lenguaje:

«Después, dice, se manifestó otra vez Jesús a sus discípulos junto al mar de Tiberíades. Y se manifestó de esta manera:

»Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo (Gemelo) y Natanael, que era de Caná de Galilea, y los hijos del Zebedeo y otros dos».

Quiénes fueron estos otros dos es muy difícil, por no decir imposible, saberlo. Algunos forman conjeturas más o menos fundadas. Regularmente, la memoria de San Juan, anciano ya cuando esto escribía, no recordaba bien quiénes fueron estos, o tal vez eran personas poco conocidas ya de los fieles y no los quiso nombrar.

«Díceles Simón Pedro:—Voy a pescar».

Aunque los discípulos habían seguido a su Maestro, y por él habían dejado todo, no lo habían, sin embargo, dejado de tal manera que no pudiesen hacer uso de ello de nuevo. Y tal vez la confianza de camaradas, permitía a Simón Pedro y a los Zebedeos echar mano de cualquiera lancha de sus antiguos compañeros y actuales amigos. Por otra parte, regularmente tendrían necesidad de trabajar

para comer. Por eso dijo San Pedro, como invitando a los demás:—Voy a pescar.

«Dícenle:—Vamos también nosotros contigo».

«Y salieron y subieron a la barca, y en aquella noche nada cogieron.

»Llegada la mañana presentóse Jesús en la orilla; pero los discípulos no conocieron que era Jesús.

»Díjoles, pues, Jesús:—Chicos, tenéis algo que comer?

»Respondieronle:—No.

»Díceles él:—Echad la red a la mano derecha de la lancha y hallaréis.

»Echáronla, pues, y no la podían retirar por la cantidad de peces».

Al ver esto Juan, a quien tal vez desde el principio le estaba llamando la atención el tal hombre y lo que les decía, fijó su virginal y penetrante vista en el desconocido.

«Dijo, pues, a Pedro el discípulo a quien amaba Jesús:

»—Es el Señor!

»Simón Pedro, en cuanto oyó que era el Señor, se ciñó la túnica, porque estaba desnudo, y se echó al mar.

»Mas los otros discípulos vinieron en la lancha tirando de la red de los peces porque no estaban lejos de la orilla sino como unos doscientos codos (100 metros).

»Pues en cuanto saltaron en tierra vieron unas brasas arregladas y encima sobrepuesto un pez y pan.

»Díceles Jesús:—Traed de los peces que habéis cogido ahora.

»Subió Simón Pedro y trajo a tierra la red llena de ciento cincuenta y tres grandes peces. Y siendo tantos no se rompió la red.

»Díjoles Jesús:—Venid a comer».

Era natural que lo insólito de aquel caso y la presencia del resucitado suscitase en los discípulos algún recelo y vivo deseo de cerciorarse de si efectivamente era Jesús o no el que de esta manera los trataba, o si era un fantasma que veían sus ojos o algún otro parecido al Maestro, pero distinto de él. Mas era tan patente que el que tenían delante era Jesucristo, su antiguo Maestro, que toda pregunta se ahogaba en la garganta y toda curiosidad se helaba en

los labios, Y dice muy bien San Juan que, como presente, adivinaba lo que pasaba a sus compañeros:

«Y nadie de los discípulos se atrevía a preguntarle ¿quién eres tú? sabiendo que era el Señor».

Jesús, pues, los condujo al sitio, y él mismo les sirvió la comida por él mismo tan cariñosamente preparada.

«Viene Jesús y toma el pan, y se lo da, y lo mismo el pez».

Y ¡qué dulce debió ser aquella mañana en la playa de Tiberíades, con un huésped tan cariñoso y delicado, con un almuerzo tan sencillo y sazonado! Pocas escenas con templó el fogoso mar tan delicadas como aquella! Comían todos, servía el Señor, y dejábanse servir los discípulos sin pedirle cuentas ningunas de quién era, contentándose con saber que era el Señor y con contemplarle llenos de amor.

311. EL PRIMADO DE PEDRO

(J. 21, 15-19)

Y terminó la comida. Y estaban aún las redes en la playa, los peces recogidos, la lancha flotando en las olas de la orilla. Y aguardaban sin duda los discípulos, terminado el almuerzo, qué iría a decirles o a hacer su Maestro...

Entonces Jesús dirigióse a Pedro, y tuvo con él este diálogo, que traduciremos con la mayor expresión que podamos:

«Dice Jesús a Simón Pedro:—Simón de Juan, me amas más que éstos?»

»Y dice él:—Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

»Dícele:—Apacienta mis corderos.

»Dícele de nuevo segunda vez:—Simón de Juan, me amas?»

»Dícele:—Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

»Dícele:—Pastorea mis ovejitas.

»Dícele por tercera vez:—Simón de Juan, me quieres?»

»Entristeciéndose Pedro de que por tercera vez le dijese ¿me quieres? y le dijo:—Señor! tú sabes todo, tú conoces que te quiero.

»Dícele:—Apacienta mis ovejas».

Para que nadie pensase que el Primado que le había con-

cedido en vida lo había perdido por sus negaciones, para que la triple negación se borrara con este triple acto de amor, para cumplir, en efecto, lo que le prometió en vida. «Te daré las llaves del reino de los cielos», en esta ocasión entabla con su discípulo preferido este solemne diálogo.

Delante de los otros discípulos le ratifica los poderes del modo más amoroso y paternal. Allí, junto a aquellas brasas en que le había preparado él mismo su almuerzo, le hace confesar tres veces que ama a aquel mismo a quien otra vez, delante también de otro fuego de peores recuerdos, le negó por tres veces.

El Maestro le pregunta a ver si le ama más que los demás. El discípulo, curado ya de su jactancia antigua, no se atreve a anteponer su amor al de nadie, y le responde lisamente: Más o menos que los otros, tú sabes que te quiero. Dos veces preguntado, dos veces responde de la misma manera. A la tercera vez, tiembla de sí mismo, se mira, se pregunta íntimamente si será verdad que quiere a Cristo, o si tal vez como aquel día en que prometió que no le negaría, se equivocaría ahora también. Y en presencia del que todo lo sabe, triste porque su Maestro le preguntaba tres veces, como si dudase, no se atreve primero a decir que sí, y comienza diciendo: Señor, tú lo sabes todo... Y no resignándose con esto, se asegura de nuevo, aunque humildemente, en que quiere a Jesús, y añade: Tú conoces que amo!...

A su vez el Maestro al primer acto de amor le dice: Apacienta mis corderos, da a mis discípulos y a mis fieles el pasto de la verdadera doctrina. Al segundo acto extiende más esta facultad y dice: Pastorea mis ovejas, dales el pasto de la verdad y guíalas y cuidalas en todo, que te las entrego. Al tercero se lo confirma finalmente, dándole así facultad de guiar y regir toda la Iglesia.

Acaso serán menudencias del lenguaje, pero acaso también serán matices de la realidad las diversas palabras con que Jesús pregunta y con que Pedro responde. La palabra de Jesús al preguntar las dos primeras veces a Pedro si le ama, es el verbo griego *agapain*, y la de Pedro al responder es *filein*; por eso hemos traducido también de distinta manera; porque la primera parece más bien responder a

nuestro grave y profundo *amar*, al paso que la segunda, por indicar un afecto como más tierno y cariñoso, responde más a nuestro *querer*. Y es notable que Jesucristo la tercera vez, por haberle respondido siempre el apóstol, te quiero, le pregunta ya también con la misma palabra ¿me quieres?

Tampoco le preguntó el Señor tres veces si le quería más que los otros, sino que una vez que Pedro no le dijo nada de esta comparación en la primera respuesta, no le indicó nada de ello en la segunda pregunta.

En fin, el Maestro le da en la primera vez el encargo de *apacentar* a sus corderos; en la segunda el de *pastorear*, que es más que apacentar, y no solo a sus corderos, sino también a sus ovejas o más bien ovejitas, que tal es la palabra, y en la tercera el de pastorear a sus ovejas, y por tanto, como lo notan muchos Padres y Doctores, le entrega toda la Iglesia, ya que fuera de los corderos y de las ovejas no hay nada en la Iglesia de Dios.

Imponente sin duda debió ser aquella conversación de Maestro y Discípulo delante de los demás que callaban reverentes ante tanto misterio y tan solemne examen para la investidura de la más alta dignidad de la tierra. No se oíría más que la voz del Maestro que preguntaba y del Discípulo que respondía acompañada del rumor de las olas, mientras los demás, con la vista fija en Pedro y en su Señor, y sin respirar siquiera, seguían con ansiedad todos los pasos de aquella escena.

Entonces Jesús, volviendo a un tono más jovial y familiar, y como dando a entender el sublime cambio que en Pedro se verificaba en el apostolado, le dijo dulcemente, recordándole los años de su juventud, cuando Pedro, según su carácter, debió ser de los más animosos e inquietos entre los compañeros de su pueblo:

«— Sí, sí, en verdad, en verdad te digo, cuando tú eras joven, tú te ceñías y corrías donde querías, pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde tú no quieras».

Y dijo esto indicando con qué clase de muerte había de glorificar a Dios y de modo que le entendieron todos lo que decía.

Le profetizó graciosamente cómo había de morir crucificado. Y en efecto, es tradición de la antigüedad que Pedro murió crucificado, y por cierto, según Orígenes, crucificado cabeza abajo, por haberlo pedido él mismo, que se tuvo por indigno de ser crucificado del mismo modo que su Maestro.

312. ¡SÍGUEME!

(J. 21, 19-24)

Entonces se levantó el Maestro, y llamando a Pedro de entre los demás, le dijo:—Sígueme!

Levantóse Pedro y siguió al Señor que se iba. Mas si bien los otros por respeto se quedaban, pero el discípulo amado no se pudo contener y siguió también detrás de Pedro al Señor. Notólo Pedro, y, volviéndose, vió que le seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el que en la cena se había reclinado en el pecho de Jesús, y por instigación de Pedro le había dicho: «¿quién es el que te entrega?» Al verle, pues, ahora Pedro que le amaba singularmente y le tenía por compañero en todos estos días, acercóse a Jesús, y con confianza grande le preguntó:

«—Señor y este qué?...»

Como quien desea saber algo de él, le pregunta: ¿quieres que nos siga también? y qué será de él? qué suerte le espera? también él morirá por fuerza?

No quiso responder el Maestro a esta curiosidad, y le dijo gravemente:

«—Si quiero que se quede hasta que yo venga, a ti qué te importa? Tú sígueme a mí».

No expresa más el Evangelio. Pero parece que el empeño del Señor entonces era tomar a Pedro solo y aparte de los demás para comunicarle sin duda algunas instrucciones, acaso acerca de lo que aquellos días había de hacerse y de otras cosas relativas al cargo de supremo pastor de la Iglesia que acababa de ratificarle.

Otros, sin embargo, interpretan que Jesús le dijo esta palabra más para que le imitase en la vida que para que le siguiese entonces con el cuerpo.

Escribió este capítulo San Juan después, según parece, de haber concluido, como quien dice, la primera redac-

ción de su evangelio. Y la ocasión parece haber sido ésta. Había el discípulo amado llegado a muy avanzada edad, había escrito su libro hacia el año 95 ó 96. Sus amigos y discípulos, viéndole conservar su vigor y lozanía en medio de su avanzada edad, sabiendo la historia de Tiberíades, comenzaron a explicarla, desfigurándola un poco, como si Jesús hubiera dicho que Juan no había de morir. Y para deshacer este error, y también acaso para explicar el fundamento de la autoridad del Primado, escribió este precioso capítulo, y por eso añade al fin de su relato:

«Corrió, pues, esta voz por los hermanos que ese discípulo no muere. Pero Jesús no le dijo que no muere, sino: «Si quiero que éste quede hasta que venga, a ti ¿qué te importa?»

Cuando esto escribía el discípulo amado ya Pedro había muerto, y él vivía aún esperando su hora, que le llegó a los sesenta y ocho años, después de la pasión de Nuestro Señor en el reinado de Trajano.

Al fin de este relato añade el Evangelista: «Este mismo es el discípulo que da testimonio de estas cosas y que las ha escrito, y sabemos que su testimonio es verdadero».

313. EN EL MONTE DE GALILEA.

(Mt. 28, 16-20; Mc. 16, 15-18.)

Un día mandó Jesús a Los Once reunirse en un monte de Galilea. No sabemos cuál fuese. Y aunque la orden fué dada a *Los Once*, no debieron ser solo ellos los que se reunieron en el sitio de la cita. San Pablo refiere que «en una ocasión se apareció el Señor a más de quinientos hermanos a un mismo tiempo, de los cuales, escribe él, muchos viven todavía, aunque algunos ya han muerto». No dice San Pablo cuándo fué esta aparición. Pero algunos creen, y es muy verosímil, que fué en esta ocasión, en la que por tanto se juntaron más que Los Once. Y acaso la causa de mandarlos Jesús ir al monte fué porque allí podían reunirse no solo Los Once, sino muchos más con toda libertad.

Reunidos ya todos presentóse el Señor viniendo de lejos, según parece. Todos al verle venir le adoraron, como era razón. Algunos, sin embargo, todavía dudaron.

«Entonces Jesús acercándose les habló y les dijo:—A mí se me ha dado todo poder en el cielo y sobre la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a observar todas las cosas que os he mandado.

»Y estad seguros que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo».

Antes de la pasión se lo había dicho: Así como me envía a mí el Padre, así os envío yo a vosotros. Y ahora se lo repite augusta y solemnemente. Yo tengo recibida del Padre toda potestad en el cielo y sobre la tierra. Pues bien, según estos poderes que yo tengo y con el poder que yo ahora os comunico, id a todo el mundo. Enseñadles a todos mi doctrina y evangelio. Una vez que estén enseñados, si creen, bautizadlos. Y luego sujetadlos y educadlos en guardar todos los preceptos que yo os he dado. Y esto para siempre. Porque si bien ya he muerto, y si bien luego he de irme definitivamente a mi Padre, pero puedo estar y estaré en medio de vosotros hasta el fin del mundo: mientras viváis vosotros, con vosotros; y después que muráis vosotros, con vuestros sucesores.

»El que crea y se bautice será salvo: mas el que no crea se condenará.

»Y a los que crean acompañarán estas señales: lanzarán demonios en mi nombre, hablarán en nuevas lenguas, cogerán con la mano las serpientes, y si beben veneno no les hará daño, pondrán las manos sobre los enfermos y sanarán».

Todos estos milagros han acompañado en distintas ocasiones a los evangelistas de la doctrina de Cristo y a los creyentes fieles en ella. No siempre, ni todos a todos; pero sí, unas veces unos y otras otros, en la Iglesia de Dios se han visto todos esos y mayores prodigios en confirmación de la fe cristiana, y, gracias a Dios, se siguen aún viendo y seguirán sucediendo perpetuamente en la Iglesia Católica, única que goza de este privilegio de la santidad de los milagros, y única también que se atreve a darse por poseedora de esta prerrogativa prometida por Cristo a su Iglesia verdadera.

314. LOS CUARENTA DÍAS

(Act. 1,3)

Es evidente por la lectura de los Evangelios que no están en ellos contadas todas las apariciones de Nuestro Señor Jesucristo resucitado, y que en las mismas que en los Evangelios están narradas se describen muy pocos pormenores. Cada uno de los evangelistas refiere solo algunas de las apariciones, y, si no hubiera sido por los otros, no sabríamos que se había aparecido más veces. El mismo San Juan dió la primera vez por terminado su evangelio después de la aparición a Santo Tomás. Y por eso a continuación de ella escribió:

«Otros muchos milagros hizo Jesús a la vista de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Pero estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre».

Y luego más tarde él mismo, porque juzgó conveniente deshacer la voz que acerca de su inmortalidad corría, escribió el dulcísimo episodio de Tiberíades, como probablemente hubiera podido escribir otros muchos tal vez tan interesantes o más que éste.

Por eso justamente San Lucas en el libro de los Actos de los Apóstoles, que escribió como continuación de su Evangelio, dijo que «Jesús después de haber padecido se mostró vivo a sus discípulos *con muchas pruebas*, por espacio de *cuarenta días*, diciéndoles las cosas tocantes al reino de Dios».

Durante, pues, cuarenta días estuvo Jesucristo apareciéndose a sus apóstoles y discípulos y durante todos ellos estuvo tratando de cosas pertenecientes al Reino de Dios, es decir, al reino de Jesucristo en esta vida, que es la Iglesia, y a la salvación y santificación de las almas para la gloria, que es el reino de Dios en la eternidad.

¿Qué cosas fueron estas de que trató en estos días? Muchas y muy importantes sin duda, y como se cree con mucha razón por todos los doctores, las principales acerca de su Santa Religión, de la administración de sus Sacramentos, del Santo Sacrificio, de cuanto pertenece a la consti-

tución, régimen, administración, propagación y perfección de la Santa Iglesia, que una vez subido él a los cielos había de quedar encomendada a los Apóstoles y sus sucesores para tantos siglos cuantos durase este mundo.

315. LOS APÓSTOLES VUELVEN A JERUSALÉN

ÚLTIMO CONVITE

(L. 24, 44-49; Act. 1, 4, 5)

Los cuarenta días pasaban, la Pascua de Pentecostés se acercaba. Esta pascua, llamada así por ser *cinquenta días* después de la pascua principal, y llamada también *clausura* por serlo en cierto modo del tiempo pascual, y una especie de acción de gracias por las mieses, solía reunir también en Jerusalén una multitud venida de todas partes en número inmenso.

Los apóstoles, que ya de suyo pensarían acudir a esta fiesta, no aguardaron al mismo día de Pentecostés, sino que medio mes antes de la fiesta se pusieron en camino, obedeciendo seguramente a las órdenes que les había dado el Maestro de acudir allá a ver las últimas manifestaciones de su vida nueva, y presenciar las últimas victorias de su misión mesiánica en el mundo.

María la Madre de Jesús, los Apóstoles, los parientes de Jesús, muchos otros discípulos suyos acudieron llenos de ánimo y de expectación a la Ciudad Santa.

Allí un día Jesús los reunió a todos y, así como cuando iba a padecer celebró con sus discípulos la última cena, así también ahora que iba a subir a los cielos tuvo con ellos la última comida. La conversación en la mesa versó acerca de las últimas instrucciones que les quería dejar Cristo al partirse, y sobre todo lo principal que en los días anteriores les había dicho. Decíales entre otras cosas:

«Todo esto es lo que os dije cuando todavía estaba con vosotros, que era preciso que se cumpliesen todas las cosas que están escritas sobre mí en la ley de Moisés, y en los profetas y en los salmos».

Y al mismo tiempo les descubrió el sentido de las escrituras para que las entendiesen y les dijo:

«Pues así estaba escrito de mí, y así era necesario que el

Cristo padeciese y resucitase de los muertos al tercer día, y que en su nombre se predicase la penitencia y la remisión de los pecados a todas las gentes, comenzando por Jerusalén. Mas los testigos de esto sois vosotros. Y yo os enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros. Así, pues, permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto. Porque Juan bautizó con agua, mas vosotros vais a ser bautizados con el Espíritu Santo, de aquí a no muchos días».

316. ASCENSIÓN DEL SEÑOR

(Act. 1, 3-12; L. 24, 50-53; Mc. 16, 19)

Terminó la refección. Levantóse Jesús y salió conduciendo a todos al campo. Tomó el camino de Betania y subió al monte Olivete que allá conduce, por aquel sendero tantas veces en vida recorrido, al ir de Jerusalén a Betania y de Betania a Jerusalén.

Todos estaban íntimamente persuadidos de que se trataba de algún suceso grande y extraordinario. Y como siempre alimentaban aquellas ideas de grandeza temporal y de conquistas de reinos, y de un imperio mesiánico que esperaban ya casi con impaciencia, y que en efecto si en alguna ocasión se había de establecer, nunca como entonces, algunos de los que habían concurrido se le acercaron y le preguntaron:

«—Señor, vas ya por fin a restaurar el reino de Israel?»

No quiso Jesús ni responder directamente a la pregunta ni deshacer la errónea idea que del futuro reino de Israel tenían los que preguntaban. Y dejando al Espíritu Santo la perfecta explicación de este punto, les dió a entender suficientemente que su reinado, fuese como fuese, sería universal, y que en el orden y modo habían de proceder, desde Jerusalén a Samaría y desde Samaría a todo el mundo.

«—No es para vosotros, les dijo, conocer las circunstancias ni el momento que el Padre se reserva en su propio poder. Lo que haréis es recibir la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros y ser mis testigos en Jerusalén, en Samaría y hasta lo último de la tierra».

Mientras hablaban habían llegado ya al monte Olivete.

Calló Jesús y se detuvo. Todos pusieron en él sus ojos esperando lo que iba a hacer. Jesús levantó sus manos, bendijo a todos. Y al mismo tiempo que los bendecía, suavemente y por su propia virtud fuese levantando sobre todos, y viéndolo todos fuese alejándose más y más por el cielo.

Ante aquel espectáculo nunca otra vez visto, todos que daban extáticos y maravillados sin explicarse lo que veían y esperando dónde y cómo había de terminar aquella ascensión, cuando una nube vino a interponerse entre ellos y su Maestro, robándosele a su vista.

Mas ¿quién era dueño de apartar los ojos de aquel sitio en que habían perdido a Jesús?

Ansiosos y quietos seguían todos mirando a la nube inmóviles y callados, esperando verla deshacerse ó pasar, para luego volver a contemplar a su amado siguiéndole en su carrera triunfal. Pero ya no le volvieron a ver más. La nube ni se disolvía, ni pasaba. Mientras ellos seguían mirando aparecieron a su lado dos varones vestidos de blanco, dos ángeles del cielo, que les dijeron:

«—Galileos, ¿qué estáis mirando en el cielo? Este mismo Jesús que de vosotros ha sido recogido al cielo, ha de venir del mismo modo que le habéis visto ir al cielo».

Postráronse en tierra, adoraron al que habían visto subir a los cielos, y llenos de un gozo singular volvieron a Jerusalén, a cumplir las últimas órdenes del Maestro.

317. ESTÁ SENTADO A LA DIESTRA DE DIOS PADRE

(Hebr. 8, 1, 2; 7, 22-25)

No muere ya Jesucristo nuestro Señor una vez que ha resucitado. Ya no le domina la muerte. Sino que vive, vive eternamente, y vive también ahora por nosotros interpe-
lando continuamente a nuestro favor en el cielo por nuestra salvación.

Admirablemente lo explica San Pablo en su carta a los Hebreos.

Tal sumo sacerdote tenemos, dice, que está sentado a la diestra del trono de la majestad en los cielos, ministro del Santuario y del tabernáculo verdadero que fijó el Señor y no el hombre.

»Jesús es fiador de mejor Testamento (que el antiguo). Aquellos sacerdotes fueron creados en gran número, porque la muerte les impedía permanecer; pero Jesús, por permanecer para siempre, tiene el sacerdocio sempiterno. Por lo cual puede salvar para siempre a los que por él se acercan a Dios, como que siempre está vivo para interpelar por nosotros».

Allí está, en efecto, Jesucristo nuestro Redentor presentando continuamente a su Padre por nosotros, no sangre de novillos o corderos, sino su propia, inmaculada y preciosísima sangre, derramada un día por nuestra salud en el sacrificio del Calvario, y expuesta ahora todos los días en el sacrificio incruento del altar.

Allí en el cielo a la diestra de Dios Padre y aquí en la tierra en el altar, vive y vivirá siempre continuando sin cesar por nosotros la vida que hizo aquí en la tierra por nuestra salvación, y salvando continuamente para siempre a los que por medio de él se acercan a su Padre, al cual nadie puede llegar si no es por medio de Jesucristo, único camino y única puerta que da al cielo y al Padre.

CONCLUSIÓN

(J. 21; 25)

Por lo cual terminaremos diciendo grave y encarecidamente como San Pablo:

«Por tanto, hermanos míos, teniendo libertad de entrar en el santuario (del cielo) con la sangre de Cristo, por el camino nuevo y vivo que él nos inauguró por el velo, es decir, por su carne, y teniendo un gran Sacerdote en la casa de Dios, lleguémonos con sincero corazón, llenos de fe, limpios de mala conciencia los corazones, y bautizados los cuerpos con agua pura; mantengamos recta la confesión de nuestra esperanza, porque es fiel quien nos hizo las promesas».

«Otras muchas cosas, dice San Juan al terminar su evangelio, hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una pienso que ni en todo el mundo cabrían los libros que se escribiesen».

Lo que debemos agradecer a nuestro buen Señor es que

todo lo que hizo, ya lo que sabemos, ya también lo que ignoramos, todo ello lo hizo para gloria de su Padre y salvación y edificación nuestra.

En vida y en muerte y después de la muerte, Jesús es nuestro y para nosotros. Para nosotros vivió en carne mortal, por nosotros y para nosotros murió en la cruz, para nosotros vive ahora en el cielo vida inmortal, y en el sacramento vida oculta y sacrificada.

Ingratos y perversos seremos si conociendo esta vida de Nuestro Señor Jesucristo, y viendo cómo él vivió para nosotros, no vivimos nosotros para él y no nos sacrificamos cuanto podamos por él que se sacrificó totalmente por nosotros.

Y además de ingratos y perversos seremos insensatos, sobre todo cuanto se puede pensar, si teniendo un modo tan seguro de llegar al cielo, y entrar hasta el Padre, como es Jesucristo Nuestro Señor, al fin erramos el camino y no llegamos a la gloria.

¡Malos si, sabiendo la vida de Cristo, pecamos, y necios si nos condenamos! podemos decir al terminar este escrito.

Por lo cual diré a mis lectores estas palabras que San Juan decía a los suyos en una de sus cartas:

«Hijuelos míos, esto os escribo para que no pequéis.

»Mas si alguno peca, tenemos un abogado ante el Padre, a Jesucristo justo».

¿Habéis leído la vida de Cristo? Pues entonces ya veis que no debemos pecar contra quien tanto nos amó, y tanto por destruir el pecado hizo y padeció.

Mas si alguno por desgracia peca, sabed que tenemos en el cielo un abogado, a Jesucristo justísimo y santísimo, que interpelará por nosotros.

Amemos a Jesucristo sobre todas las cosas. Y si alguno no le ama sea condenado.

SI QUIS NON AMAT

DOMINUM NOSTRUM JESUM CHRISTUM

ANATHEMA SIT.

